rara en Méjico, y el pueblo quisiera patrocinarlos, habria ménos necesidad de las casas de empeño. Lo mismo decimos de las loterías, de las que unas son nacionales y otras de los estados, y producen rentas para el gobierno. Están indudablemente bien administradas; con ménos juego y mas trabajo, empero, sería mucho mejor para el gobierno, particularmente para la sociedad. Los transeuntes son acosados en cada esquina por los billeteros, que les ofrecen con todo aplomo. "¿Los diez mil pesos para esta tarde?" Si se le aconseja al vendedor que no pierda la ocasion para beneficiarse á sí mismo, toma la indicacion de muy buen humor y se dirije al que está mas cerca.

Parece que la hermosura no está bien distribuida en el país. En algunas partes de la república abundan mujeres de muchos atractivos, siendo por regla general las mestizas de facciones mejores que las indias y mas robustas que las criollas; en otras partes, se puede decir que no hay jóvenes, pues solo se ven muchachitas de ocho á diez años, algunas madres de pequeña estatura ya viejas y arrugadas, de trece á veinte y cinco años de edad, y despues verdaderas viejas abuelas, ó que están á punto de serlo. Sobre todo las niñas, y aun los muchachos, tienen una timidez simpática que conservan hasta muy entradas en años.

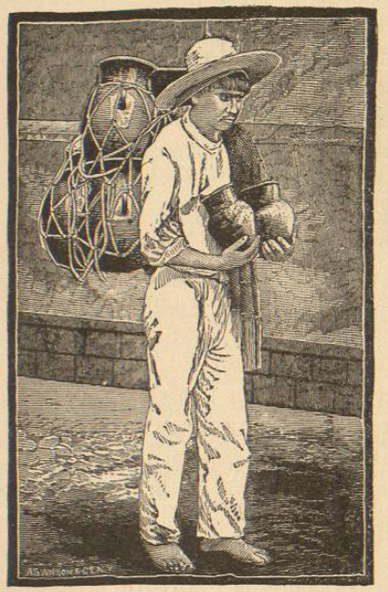
Á pesar de que abundan las mujeres, las esposas son caras en Méjico, y por esto los pobres en las ciudades se abstienen de casarse. Por una licencia para contraer matrimonio el jornalero tiene que pagar de cinco á quince pesos á los curas, equivalentes á los ahorros de muchos meses, y tener un padrino. A pesar de que el matrimonio civil es hoy el único legal, y ha facilitado el que los pobres se pudieran casar con poco gasto, las clases ínfimas, especialmente las mujeres, son tan afectas á la iglesia, que para ellas no hay matrimonio mejor que el que bendice el padre, quien por regla general cobra por sus servicios hasta donde lo permiten los recursos de los contrayentes.

Mejor sería que se les dejase casarse libremente y con poco costo, y así se elevaría el tipo de la moralidad, seguro de que las rentas del clero no sufrirían por esto.

El modo de hacer el amor entre los mejicanos es muy bonito y romántico, pero no cuadraria con las ideas inglesas ó americanas sobre la adaptibilidad de las cosas. *Rondar la casa* es la manera favorita de demostrar el cariño. El admirador de una señorita con su vistoso traje de charro se presenta montado en un corcel, que si no es de natural fogoso se le obliga á bailar y á tener brio, manejando con destreza el cruel freno mejicano. El novio pasa y repasa en frente del balcon donde ella se estaciona á ciertas horas con el objeto de recibir ese homenaje; hace al caballo correr furiosamente á veces, y luego estirando las riendas lo sienta sobre las patas de atrás. Se repite esta maniobra hasta que la persona á quien se dirije semejante lisonja se digna echar una mirada de aprobacion á su adorador. En otras ocasiones, el jóven enfermo de amor permanecerá en pié horas enteras hablando con su enamorada por entre las rejas de fierro de las ventanas, recibiendo tal vez en premio el que se le permita tocarle con los labios la punta de los dedos; á veces se para en la acera de enfrente mirando fijamente á la ventana donde debiera estar la hermosa; pero, ¡oh desgracia! ella no se asoma. Á veces tambien echa flores y aun esquelas á su balcon, ó cohecha á la recamarera para que las lleve á la señorita. Bien desgraciados han de ser los amantes si no pueden contar sequiera con una criada confidencial. Pero el pretendiente no tiene ni pide la entrada á la casa paterna, hasta que se presenta como el amante admitido de la niña; y entónces solo la ve en presencia de la familia y nunca tiene con ella una conversacion *tête à tête*. La oferta se hace generalmente por medio de un amigo, y no se presenta el pretendiente en la escena hasta que todos

los preliminares estén ya arreglados. Nunca dejan de vigilarlos, sin embargo, hasta el dia mismo de la boda.

La pobre mujer del jornalero, tanto en las poblaciones como en el campo, lleva á su hijo á cuestas todo el dia aunque tenga que portar una carga pesada. Los niños muchas veces no llegan á su completo desarrollo, ó crecen mal formados, á causa de las posturas poco naturales en que los llevan.



Ollero ó Vendedor de Loza de Barro.

La ama de casa mejicana, sea de posicion elevada ó humilde, se precia de tener una vajilla numerosa, aunque á veces haya poco que poner en los platos. He visto en un lugar las paredes materialmente cubiertas con vajilla de barro corriente, y en otro he visto armarios llenos de piezas supérfluas, con su orilla dorada y monograma. Se fabrican utensilios de un barro colorado, para la cocina, en Guadalupe y Guadalajara; pero los mejores vienen de Cuautitlan, llamándose *ollero* al que los vende. El tipo que se ve en la adjunta viñeta es de un indio puro.

Los extranjeros patrocinan á los vendedores de figuras de barro, que presentan los tipos de las diversas clases de la sociedad con no poca maestría plástica y admirable trabajo. En algunos puntos, particularmente en San Pedro, cerca de Guadalajara, los indios son muy hábiles para hacer retratos de barro, sacándolos de los originales ó de fotografías. Se rigen

enteramente por la vista, sin tomar medida alguna, y empleando como material un barro aceitoso de color oscuro, que con el calor adquiere un tinte mas subido. He visto un retrato sacado de una fotografía por Pantaleon Panduro, indio de sangre pura; á pesar de que el artista nunca vió el original, es de un parecido admirable y prueba mucho talento artístico. Entre los naturales hay algunas figuras que tienen demanda segun van llegando las festividades religiosas.

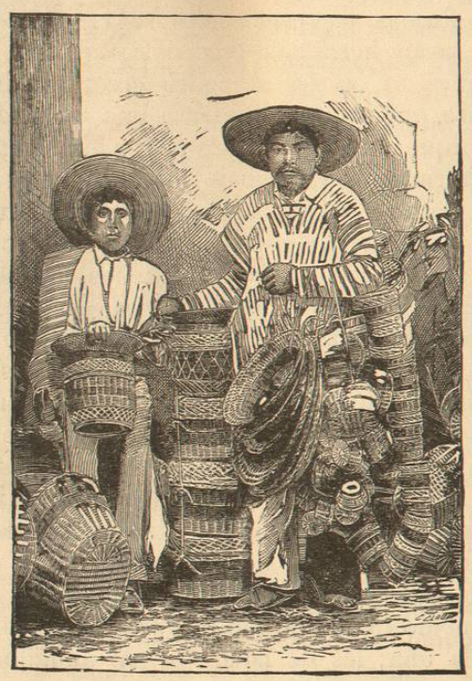
Los trabajos de pluma son tambien una especialidad en que se distinguen los indios. No solamente imitan todas las aves que hay en el país, en pequeñas y hermosas tarjetas, sino que tambien hacen guirnaldas y dibujos complicados con plumas de diferentes colores, produciendo resultados maravillosos. Los artistas plásticos trabajan tambien la cera y la piedra con muy buen éxito.

Convierten el *tecali* ó mármol de Puebla en multitud de formas, representando frutas y pescados, y tambien sacan hermosas losas ó tapas para mesas y aguamaniles. Con esto se podría crear una industria importante, que pronto adquiriría una estimacion universal, porque el tecali, además de ser tan raro, es á veces muy hermoso. El trabajo de plumas y los adornos de oro y plata se encuentran entre la multitud de industrias que tenian los naturales ántes de la conquista. Labran tambien los ópalos, las conchas, las perlas, el coral y hasta la lava de los volcanes; los tápalos de Guanajuato, las sillas de Leon, los trabajos de cuerno, y los rebozos de San Luis Potosí son notables.

Las manufacturas domésticas son mucho mas variadas en toda la extension de la república de lo que uno pudiera imaginarse, examinando las listas de los efectos que se exportan. Algunas se han granjeado ya cierta fama, aunque limitada; y otras cubren las necesidades de diez millones de habitantes; entre ellas se cuentan las fábricas de algodon y estampados, que por término medio tienen de capital cerca de un millon de pesos cada una; las de lana, en que anualmente se

gasta cosa de cinco millones de pesos; las fábricas de seda, de las que hace treinta años habia ya veintiuna; las de papel, que ahora veinticinco años producian papel por valor de seis millones de pesos. Las fundiciones, cuyos productos en esa misma época eran como siete y medio millones de pesos anualmente; y así por toda la lista hasta llegar á las fábricas de pianos de las que hay dos.

Las clases inferiores se dividen en una multitud de gremios por sus oficios, teniendo cada uno sus trajes y costumbres peculiares. Así por ejemplo, los *bateteros* ó vendedores de bateas de madera; el petatero ó vendedor de petates, que los da á medio real, trayéndolos desde Xochimilco, cerca del canal, para los muy pobres que los usan en lugar de colchones, viéndose muchas veces hasta veinte en un solo cuarto; el *jaulero* ó



LOS CANASTEROS.

vendedor de jaulas; los *cedaceros* ó vendedores de cedazos; los *canasteros* ó vendedores de canastas, siendo los representados en la lámina indios puros; y otros muchos de la misma clase, que fabrican varios artículos y los llevan de poblacion en poblacion en enormes cargas sobre los hombros, fabricándolos y vendiéndolos en la travesía.

Hay además los *cabeceros* que gritan "Buenas cabezas calientes del horno" por las calles; el *cafetero*, que tiene un puesto de café; el *velero*, ó vendedor de velas; el *morcillero*, el *tripero*, que vende intestinos para hacer salchichas, el *pollero*, el *escobero*, el *nevero*, el *mantequero*, y el *pirulero* que vende unos granitos encarnados, llamados pirú, para alimentar á los pájaros.

Hay hombres que ganan la vida juntando palos para hacer carbon; estos se llaman *leñaderos*; y *basureras* las mujeres que recogen trapos. Estos y otros vendedores no economizan la voz para hacerse de marchantes. La clase ínfima tiene su lavandera lo mismo que la clase superior; aquella usa un sombrero sobre el rebozo, miéntras que la segunda va con la cabeza descubierta. Actualmente hay una buena lavandería americana de vapor en la capital.

LA LAVANDERA.

¡Pobre Judas! despues de que hace tantos años saldó sus cuentas con la tierra, todavía no se permite á su alma el descanso. El sábado de gloria se queman

pequeñas imágenes de formas fantásticas con cabezas de hombres y animales, todas muy parecidas á Judas, tal como se encontrará en distintas ocasiones, y que contienen pólvora; las vende por las calles el *judero* y los niños los cuelgan en los balcones ó de unos cordeles que atraviesan las calles de una acera á la otra. Hay efigies mas grandes que tienen de seis á ocho piés; y las sacan los que quieren castigar con mayor severidad al traidor. Á las diez de la mañana, luego que se repican las campanas, prenden fuego á estas efigies en toda la ciudad: el ruido de los perros que ladran, y de las matracas que venden los *matraqueros* á fin de asustar al diablo, bastaría para hacer al infeliz espantarse ó ahorcarse de nuevo.

Los gritos de las calles no han variado mucho en un siglo ó dos. Al pasar de la lengua nativa á la española, el tono debe haber sufrido algun cambio; pero durante todo el período de la dominacion española, y hasta el dia, es la misma lúgubre cantinela, la misma nota prolongada y angustiosa con que termina cada grito, igual á la que heria los oidos de Montezuma.

En las principales poblaciones cada cuarto de hora se oye el pito disonante y triste de los policías con que avisan que están alerta. El transeunte que se retira tarde está sujeto á oir el *Quien vive?* del centinela, apostado en el gariton del cuartel, y debe responder prontamente *Amigo*; y si se le pregunta *Donde vive?* dar el nombre de su hotel ó casa, para continuar su camino. Cualquiera respuesta que no sea satisfactoria, probablemente parará en la detencion del transeunte en el vivac.

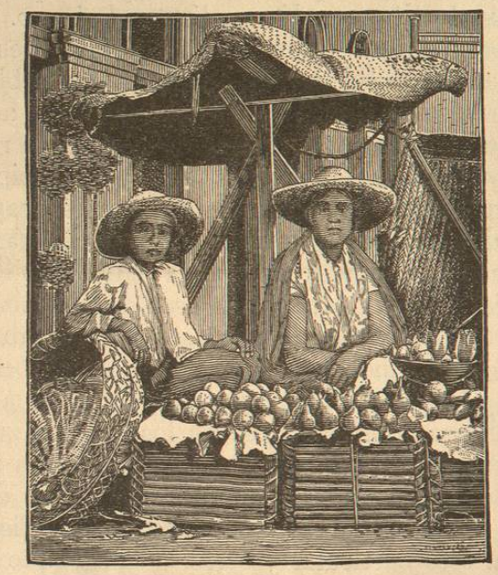
Desde muy temprano la gente comienza á moverse, siendo esta la mejor parte del dia para el trabajo; viene despues la siesta de medio dia, y el resto de la tarde se dedica á los negocios, ó á los placeres. Solo los vendedores no tienen descanso. Todo el dia, desde el amanecer hasta el anochecer, se oyen las voces discordantes que salen de centenares de gargantas. El primero que comienza es el carbonero, con su! *Carbo-*

siu-u-u! que traducido quiere decir "Carbon, Señor:" se oye en seguida, *¡Mantequi-i-illa!* del mantequillero: *Cecina buena* grita el vendedor de carne salada: repentinamente se oye en el zaguan de la casa la nota prolongada y plañidera de una mujer, que dice: *Hay sebo-o-o-o-o-o*, deseosa de comprar la grasa de la cocina. Se percibe despues un grito mas corto y violento, tambien de mujer, que con un soprano penetrante ofrece sus tortitas, *gorditas calientes de horno.*

Así pasa el dia con variaciones constantes en su curso, sea del vendedor de petates de Puebla, ó de algun mercachifle judío vestido de turco que acaba de llegar de la tierra santa, proponiendo en venta rosarios, cruces, y reliquias de todos los santos, y esto sin contar con la multitud de limosneros cuyo único capital es alguna deformidad en su cuerpo. Pero á todas horas se ven hombres, mujeres, y niños vendiendo billetes de la lotería. En las tardes aparecen los hombres que venden bollos de miel, requeson, y miel de abeja; los dulceros, ofreciendo *caramelos de esperma, bocadillos de coco, y las tortitas de cuajada*, salen hácia la noche: Siguen luego *las nueces*, despues los "*patos, mi alma, patos calientes.*" Además de estos hay otros muchos gritos de orígen antiguo, aunque el "nuevo desarrollo" ha producido pocos cambios en el mejicano en cuanto á este particular y otros. Luego que se presenta el tren en una estacion, lo rodean inmediatamente los vendedores de todo cuanto hay que comer y beber, cuyos gritos deben parecerse sin duda á los que se dieron en la confusion de Babel, fastidiando á aquellos que no están dispuestos á ver estas cosas por el lado divertido.

Los domingos y dias de fiesta, habiendo obtenido préviamente permiso del ayuntamiento y pagado la correspondiente licencia, algunos se ponen á vender en el suelo ó en mesitas en derredor de la plaza principal, frutas y efectos de todas clases, traidos de las inmediaciones de la ciudad y tambien á veces de lugares

muy distantes. Los naturales han traido de sus montañas canastos y sillas, extraños instrumentos de música, nueces y maderas. Los habitantes de las llanuras han venido con los productos de la tierra. Llegan á la ciudad la noche anterior y se acuestan en el duro suelo, ó en el pavimento mas duro todavía, y al amanecer arreglan sus mercancías. Es una escena original.

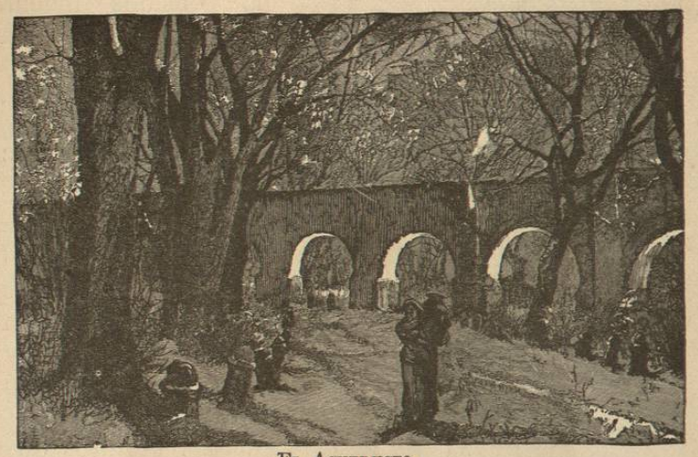


FRUTEROS.

alegre, y bulliciosa. Algunos de estos puestos están muy adornados con ramas y flores, particularmente los de las vendedoras de aguas frescas, tales como naranjada, el jugo de la piña, y otros refrescos.

El agua es conducida á la capital por acueductos, y distribuida en las casas por aguadores, que desempeñan tambien las funciones de agente general de las casas, y ganan de cincuenta á setenta y cinco centavos al dia. El aguador mejicano es un tipo curioso. Para los sedientos de las poblaciones de la mesa central

es un ángel proveedor bronceado. Su piel, su traje de cuero, los útiles de su oficio son todos de ese color;



EL ACUEDUCTO.

color excelente por cierto, porque es de bastante duracion y encubre la suciedad. Concluida la tarea se

EXTREMO DEL ACUEDUCTO.

AGUADOR.

dirige á la pulquería, porque es hombre que no consume mucha agua. La manera como lleva sus cuentas es peculiar: lo hace por medio de colorines, pequeños granos encarnados parecidos al frijol, muy duros y secos. Al rendir su *viaje de agua* que consiste en una olla grande y otra pequeña, entrega al ama de casa uno de esos granitos que saca de una bolsa de cuero que lleva al lado, los cuales se redimen al fin de la semana, á razon de un *tlaco* ó centavo y medio cada uno. Los aguadores de la capital han formado entre sí una asociacion numerosa y fuerte.

Las tortillas y el pulque son artículos de primera necesidad, en cuya elaboracion se ocupan centenares de miles de personas. En todas partes de la república los pobres hacen tortillas, que es su pan cotidiano y tambien su carne muchas veces. Es el alimento de los aborígenes, y se hace de maiz remojado con cal y molido entre dos piedras, formándose en tortas delgadas y cocidas sobre el *comali*, ó sarten de barro. Las venden las tortilleras, y otras mas chicas las *tlatlaolleras*. En los suburbios de las ciudades, hay tortillerías donde trabajan una docena de mujeres bajo la direccion de otra, que es dueña de la negociacion. Sus utensilios principales, es decir el *petate*, el *metate* ó piedra para moler el maiz, y el *comali*, son artículos indispensables en toda casa mejicana.

Existe tambien la *enchiladera* que se sienta en las

puertas de la pulquería, teniendo de venta la tortilla caliente rellena de carne y chile, y á veces de queso y cebollas. Ella las compra á dos por un centavo y las

TORTILLERAS.

vende á *tlaco*, esto es centavo y medio cada una, ó dos por una *cuartilla*, tres centavos Los artesanos se desayunan con tortillas y pulque y á veces con frijoles. De noche vuelven á tomar frijoles y pulque.

El gusto tan generalizado de los naturales por las flores es un rasgo característico que nunca podrá elogiarse bastante; pero los *bouquets* ciertamente llegan en Méjico al ridículo. En California, donde un ramillete de flores escojidas cuesta de dos á tres pesos, es siempre un cumplimiento cuando se manda de regalo á una persona; pero aquí, donde por veinticinco centavos se puede conseguir uno que tenga de diámetro mas de media vara, la idea de agradecimiento por el recuerdo apénas tiene razon de ser.